

Jesús Basiano, «el pintor de Navarra», en la conmemoración de su centenario

Tal día como ayer, hace cien años, el nueve de diciembre de 1889, nacia en Murchante una de las grandes figuras del arte navarro contemporáneo, Jesús Basiano Martínez, el pintor Basiano. Charrias, conferencias, el homenaje de su pueblo natal, son los actos que en estos días contribuyen a conmemorar la fecha y a ensalzar el nombre de este artista. La ingente obra del mismo y su indiscutible valla, junto a su peculiar personalidad le han hecho acreedor de todo ello.

De Murchante a Bilbao

La biografía del pintor es suficientemente conocida. Una infancia como la de cualquier muchacho de su época en Murchante hasta 1900 y una primera estancia vizcaína, en donde comenzará sus primeros estudios artísticos en Artes y Oficios de Bilbao. Entre 1912 y 1916 sendas becas de la Diputación Foral de Navarra para estudiar, primero en San Fernando de Madrid y posteriormente en la Academia de Roma, sirvieron para que el joven pintor completara una sólida y profunda educación artística. Entre 1917 y 1925 fijará su residencia en Durango, en lo que podemos llamar su segunda estancia vizcaína, época de contacto con lo más granado de la vanguardia artística vasca a través de la Asociación de Artistas Vascos de Bilbao. 1925 será una fecha clave en la biografía por su presentación en Madrid en un éxito clamoroso de crítica y ventas, como lo demuestran las crónicas de José Francés o de Francisco Alcántara.

El regreso a Navarra

Cuando se está labrando un porvenir espléndido, en pleno ascenso meteórico de su nombre, Basiano decidió volver a Navarra, encerrándose en su tierra natal, en Pamplona, y rehuyendo de todo aquel gran mundo del arte, de grandes actos sociales, galerías, marchantes, etc. Aquello no iba con su personalidad y todo lo abandonó por lo que en adelante sería su vida, una labor de pintar

cuadro tras cuadro, de recorrer una y mil veces toda la geografía de esta tierra y de exponer en Pamplona y en todas las capitales limítrofes. Su relación con los pamploneses es también conocida, el observale ir a pintar en su bicicleta cargada de telas, pinturas y caballetes, el volver, acompañado ya de sus hijos, en su célebre biscuter amarillo, su café en la Plaza del Castillo, el estudio de la Catedral o la venta de sus cuadros en algún bar conocido por todos. Eso fue su vida.

Sus exposiciones pasan de setenta entre individuales y colectivas, el volumen de su producción superará con creces las tres mil obras, fruto de una incansable labor pictórica de más de sesenta años, sus premios y distinciones son numerosísimos, destacando el título de socio de mérito del Salón de Otoño de 1924, el diploma de honor de 1929 en la internacional de Barcelona o la tercera medalla en la Nacional de Bellas Artes de 1943. Junto a ello el homenaje de su pueblo natal en 1951 o los grandes éxitos de sus últimas exposiciones en Pamplona, en la sala de García Castañón de la CAMP, en 1955 y 1965.

Su pintura es expresión de la naturaleza, expresión sentida, íntima, recia y personal. Basiano vivía con la naturaleza, la entendía perfectamente, con intensidad, como algo que le era propio. Presumía de ser un artista honrado, de ser fiel al modelo hasta el límite, lo que explica las peculiaridades de algunas obras y que tantas anécdotas llegaban a ocasionar. La desigualdad que muestra su obra va pareja a lo abundantísimo de la misma y a las penurias económicas que tuvo que soportar en algunos períodos. Los elementos esenciales serán el color y la luz. Basiano entendía y plasmaba el color de manera innata, con una retina excepcional que captaba gamas de color por doquier. Y junto a ello un empleo magistral de la luz. Luces interiores, como las de sus admiradas «iglesias aldeanas» según las denominaba él, o luces exteriores muy variadas, de pleno

Basiano recorrió en bicicleta los caminos de Navarra para convertir los paisajes en lienzos.

sol o de tibios atardeceres, la luz pesada de los tristes días del invierno o las rutilancias coloristas de la primavera. Su producción, en algunos aspectos, resulta claramente heredera de impresionismo. Los cuadros de los años veinte dan fe de ello, aunque el paso de los años la llevará hacia el expresionismo.

Este era en definitiva Jesús Basiano, fallecido en Pamplona en marzo de 1966, el gran

artista al que estamos intentando acercar. Hombre sencillo, ingenuo aparentemente, pero muy agudo. Suspicaz, realista y espontáneo, reflejó todos esos aspectos en sus lienzos. Su manera de comunicarse no fue con palabras, sino a través de sus pinceles y del color. Su nombre sigue hoy en día vivo en multitud de hogares navarros.

José M^a Muruzábal del Solar



DIARIO DE NAVARRA

Domingo, 10 de diciembre de 1989